

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

HUGH BARNETT CAVE

LA GALERÍA DEL GHOUL

Permítame decirle primero que el joven que vino a mis consultorios médicos esa noche no era el tipo de hombre que cede, sin razón, al miedo absoluto. Sin embargo, cuando entré en mi oficina exterior y lo vi desplomado en el diván, supe que estaba sumido en él. Su rostro era espantosamente blanco, hecho horrible por la mata de cabello azabache que se arrastraba por sus ojos. Levantó la cabeza lentamente y me miró como un animal atrapado.

Asentí en silencio a la chica que estaba a su lado. Pasó junto a mí al interior de la oficina y cerré la puerta en silencio. Conocía a esta chica desde hace años. De hecho, todo Londres la conocía, como una encantadora miembro de la elite, una deportista y una distinguida dama de una de las antiguas familias famosas de Inglaterra. Ella era Lady Sybil Ravenal.

Esa noche, hacía media hora, me había telefoneado, pidiendo permiso para traer a una paciente, una paciente muy querida, a mi suite. Ella se paró frente a mí, su mano descansando sobre mi brazo, y dijo:

—¡Tiene que ayudarlo, doctor Briggs! ¡Se está volviendo loco!

—Empecemos por el principio: ¿qué clase de miedo?

—No puedo decirlo, doctor. Hay que tener en cuenta el apellido. Él es sir Edward Ramsey.

El nombre también era conocido por mí y por el resto de Londres. Sir Edward Ramsey, el playboy favorito de la elite, destacado deportista, aventurero. No podía creer que un hombre así estuviera sentado en mis oficinas, arrastrado a las profundidades del miedo.

—Debes informarme la causa del miedo —dije amablemente—. De lo contrario, no puedo hacer nada.

Los labios de la niña se apretaron, desafiantes.

—Cuando un hombre viene a usted con una pierna rota —dijo—, seguramente no le pregunta dónde se lastimó. ¡Por favor, doctor!

—Una pierna fracturada es una cuestión física. La suya es mental.

—Pero él viene a usted en la misma calidad de sufriente, doctor. ¡Debe ayudarlo!

—Solo puedo darle el consejo habitual —me encogí de hombros—. Como se niegas a divulgar la causa de su terror, solo puedo sugerirle que se aleje de él.

Pude ver, por el obvio giro de su boca, que estaba muy decepcionada. Ella habría discutido conmigo, tal vez me habría rogado, si no hubieran golpeado la puerta.

—Adelante —alcancé a decir.

El joven Ramsey estaba parado en el umbral, tambaleándose, mirándome con ojos ardientes. No supe, entonces, qué lo hizo entrometerse en ese momento. Pensé, tontamente, que tenía miedo de ser dejado solo en la oficina exterior con poca luz. Se tambaleó hacia adelante a ciegas, a tientas hacia mí.

—¡La Cosa! —lloró. Su voz era aguda y nasal—. ¡Por Dios, me está siguiendo! Es... es...

Lo miré con desconcierto. No había sonido en mis habitaciones en ese momento, ningún sonido, excepto el murmullo medio inaudible de una máquina en la suite contigua, una máquina electroterapéutica utilizada por mi asociado en el tratamiento de la leucocitemia y aflicciones similares.

Sin embargo, las manos del niño arañaron la manga de mi abrigo. Se arrojó contra mí murmurando una jerga de palabras que no tenían sentido aparente. Y luego, de repente, su rostro tembloroso se volvió rígido, mirando fijamente, mirando algo más allá de mí. Con un sollozo estrangulado de horror abyecto, tropezó hacia atrás.

Estuve a su lado en un instante, sosteniendo su tembloroso cuerpo en posición vertical. Mientras lo miraba, sus ojos estaban muy abiertos y bordeados de blanco, pegados con mudo terror sobre una pequeña mesa que se apoyaba contra la pared en el lado opuesto del cuarto.

La mesa era insignificante, colocada allí simplemente con fines ornamentales. La cubrí con un paño negro y la alineé, a lo largo de la parte posterior, con un pequeño estante de volúmenes médicos. En el centro de la tela negra, mirando hacia el habitación, había puesto un cráneo humano.

La cosa no era fantástica ni horrible, simplemente una cabeza médica muy ordinaria, blanqueada. En las sombras, tal vez, las cuencas sin ojos y la boca sonriente, con su habitual conjunto de dientes esmaltados, eran poco convencionales; pero ciertamente no había nada para excitar un horror tan incontrolable como el que agitó al hombre en

mis brazos.

Sus ojos estaban llenos de pura locura mientras lo miraba. Sus labios se retorcían espasmódicamente. Se aferró a mí con todas sus fuerzas; y, al fin, apartando su mirada de la cosa sobre la mesa, enterró su rostro en mis brazos y se rindió al miedo que lo abrumaba.

—¡Sé misericordioso, Briggs! —gimió—. ¡Por el amor de Dios, sé misericordioso! ¡Ven conmigo, quédate conmigo por un día o dos, antes de que me vuelva completamente loco!

No había alternativa. No podría enviar a un hombre lejos en tales condiciones. Tampoco podía mantenerlo conmigo, ya que mis habitaciones no estaban equipadas con los requerimientos adicionales para pacientes locos.

Lo forcé a sentarse en una silla, donde no podía ver la cabeza de la muerte sobre la mesa. Dejándolo con la chica que lo había traído, empaqué apresuradamente una pequeña maleta y me preparé para un guardia de toda la noche. Cuando regresé, encontré que el muchacho se había dejado caer, exhausto, con la cabeza en los brazos reconfortantes de la chica.

—Ven —dije en voz baja.

Él me miró. Sus ojos inyectados en sangre lucharon para arrastrarme hacia ellos.

—¿Tú... vienes conmigo, Briggs? —preguntó lentamente.

—Sí.

Se levantó pesadamente de la silla. Cuando se volvió, su mano buscó la mía. Habló con gran esfuerzo.

—Gracias, Briggs. Intentaré recuperar un poco de coraje.

Fue mi presentación a Sir Edward Ramsey. El relato de nuestra partida y de nuestra posterior llegada a la enorme casa de Sir Edward es de poca importancia. Durante todo el trayecto, mis dos compañeros no pronunciaron una palabra. El chico parecía haberse encogido en sí mismo, haber caído en las profundidades más bajas de la anticipación temerosa. La muchacha se sentó, rígida, mirando directamente hacia adelante.

Recuerdo una cosa que me pareció más o menos peculiar, en vista de la posición social del muchacho. Ningún criado nos abrió la puerta. Para el caso, él no hizo ningún intento de convocar a uno tocando el timbre. En cambio, buscó a tientas en sus

bolsillos su propia llave y la colocó nerviosamente en la cerradura. Girando la cabeza hacia un lado, me habló con rigidez:

—Mi sirviente es sordo, Briggs. Maldita molestia, pero es la única razón por la que se queda. Los otros se fueron hace mucho tiempo.

La puerta se abrió. Seguí a sir Edward por el pasillo alfombrado, con la chica a mi lado. El muchacho estaba temblando de nuevo, mirando furtivamente a su alrededor. Me vi obligado a tomar su brazo y llevarlo silenciosamente a una de las enormes habitaciones contiguas al corredor. Allí se dejó caer en una silla y me miró sin esperanza. Me di cuenta de que no había dormido en muchas horas, que estaba al borde del colapso.

Abrí mi maletín y le administré un opiáceo para calmar sus nervios, aunque tenía pocas esperanzas de que tuviera el efecto deseado. El terror era demasiado agudo, demasiado intenso. Sin embargo, la droga lo calmó; durmió de a ratos durante casi una hora; el tiempo suficiente para que Lady Sybil me lleve a un lado, me señale una silla y me cuente su historia.

Ella fue directamente al grano, suave y deliberadamente. Estaban enamorados, ella y Ramsey. Estaban comprometidos. Seis semanas atrás, su amor se había convertido en miedo.

—Al principio él luchó contra eso —dijo ella—. Luego se apoderó de él, de su propia alma. Él... me liberó de mi promesa.

—¿Por qué?

—Debido a la maldición que se cierne sobre su familia.

—¿Y es por eso que viniste a mí esta noche?

—Vine, doctor —dijo con fervor—, porque era la última esperanza. Lo amo, y no puedo renunciar a él. Vive solo aquí, excepto por un solo sirviente que es sordo. He estado con él todos los días desde que esta influencia comenzó a presionarlo. Por la noche, por supuesto, no puedo estar a su lado, ¡y es la noche lo que teme!

—¿Y la causa de su miedo? —pregunté.

—Yo... no puedo decírselo.

Sabía que no debía exigir una explicación. Sin agregar nada más volví a mi paciente. No estaba durmiendo, porque cuando me paré sobre él, abrió los ojos y me miró con cansancio. Acerqué una silla y me incliné hacia adelante.

—Quiero que me cuentes toda la historia —dije simplemente—. Solo bajo esas condiciones puedo ayudarte. ¿Lo entiendes?

—Eso es imposible.

—Es necesario.

—No puedo hacerlo, Briggs.

—En ese caso —me encogí de hombros, poniéndome de pie—, te llevaré lejos de aquí. ¡De inmediato!

—¡No, no, Briggs! ¡No puedes hacer eso! La cosa me seguirá. Me siguió hasta sus oficinas...

Fue la chica quien lo interrumpió. Ella se acercó y tomó sus manos firmemente, y me miró.

—Está bajo juramento de no decir nada, doctor.

—¿Bajo juramento? ¿A quién?

—Su padre, Sir Guy.

—Entonces, por supuesto, veré a Sir Guy en...

—Está muerto.

Me quedé en silencio, mirándolos. De repente, la muchacha se enderezó y se puso de pie con los ojos encendidos.

—¡Pero yo no estoy bajo juramento! —ella lloró, casi salvajemente—. Se lo diré todo.

—¡Por Dios, no! —el muchacho se levantó a tientas, con su rostro lívido.

Entendí, entonces, el coraje en el corazón de Lady Sybil. Delgada, encantadora como era, se volvió hacia él ferozmente y lo obligó a volver a sentarse en la silla.

—Voy a decírselo todo —dijo con amargura—. ¿Me oyes? El juramento no me ata. Le diré al doctor Briggs todo lo que sé. Es la única forma de ayudarte.

Luego, sin soltarlo, volvió la cabeza hacia mí.

—Esta casa, doctor —dijo—, es muy antigua y está llena de habitaciones y pasillos mohosos. Se vuelve horrible por un sonido aterrador que viene, siempre de noche, desde las galerías superiores. El sonido es inexplicable. Es una nota horrible que comienza con un gemido casi inaudible, como el zumbido de un motor eléctrico. Luego aumenta el volumen al tono de una voz cantarina, subiendo y bajando temblorosamente. Finalmente se convierte en un grito aullante, como un alma humana en completo tormento.

Ella esperó mis preguntas. No dije nada. El muchacho había dejado de retorcerse y se sentó como un hombre muerto, mirándome con ojos sin vida.

—Las galerías han sido examinadas muchas veces —dijo Lady Sybil en voz baja—. Nunca se ha descubierto nada que proporcione una explicación. Cuatro veces en el último año, los huecos superiores de la casa han sido cableados para luces eléctricas; pero las luces en esa parte de la casa nunca funcionan. Nadie sabe por qué.

—¿Eso es todo? —murmuré.

—Creo que eso es todo. Excepto, la historia de la Casa de Ramsey. Encontrará eso en la biblioteca, Doctor. Me quedaré aquí con Edward.

Vacilé. No pensé que era vital, en ese momento, hurgar en la biblioteca en busca de la antigua tradición de la casa. Pero Lady Sybil me miró en silencio y dijo, con voz uniforme:

—La biblioteca está al final del corredor principal, doctor. Encontrará los libros necesarios en la sección doce.

No discutí. No se podía negar ese tono frío y metódico. Sin embargo, antes de salir de la habitación, examiné a mi paciente cuidadosamente. Se había hundido en una completa apatía. Sus ojos permanecieron abiertos de par en par, como si temiera cerrarlos. Pero el opiáceo había producido un efecto de sopor, y sabía que no volvería a agitarse durante un tiempo. Así que di la vuelta y caminé en silencio hacia la puerta.

Por una coincidencia singular, la puerta se abrió cuando la alcancé. En el umbral me encontré cara a cara con el sirviente, un tipo con rostro de hurón, con ojos profundos e incoloros, que me miró con recelo cuando pasé junto a él por el pasillo.

De esta manera, después de deambular por el pasillo débilmente iluminado, llegué a la biblioteca y busqué la sección particular que me habían sugerido. La sección doce demostró que no estaba en la biblioteca principal, sino en un recreo apartado que conducía al rincón más alejado de la habitación. Las paredes delante de mí estaban forradas con largas estanterías de libros, dispuestas simétricamente. En el centro había un antiguo escritorio de patas deslucidas, y sobre él una lámpara de lectura de

gárgola que encendí de inmediato.

La habitación obviamente no había sido utilizada por algún tiempo. Una capa de polvo lo cubría todo como una mortaja de funeral. Sus volúmenes mohosos estaban sellados con una película de suciedad, excepto los de un estante que yacía casi directamente debajo de la lámpara. Estos libros en particular habían sido retirados recientemente y dejados con bastante descuido.

Llevé uno de los volúmenes al escritorio y me incliné sobre él. Contenía, con cierto detalle, una historia de la casa en la que me encontraba, y una larga descripción de sus ocupantes desde tiempos inmemoriales. Permítame citarlo:

»Sir Guy Ramsey. 1858-1903. (Evidentemente, el padre de mi paciente) Eton y Cambridge. (Aquí siguió un relato de una vida aventurera y valiente) En el año 1903, Sir Guy fue repentinamente afectado por un inexplicable temor a la oscuridad. A pesar de todos los esfuerzos por descubrir la razón de su miedo, no se reveló ninguna causa, y Sir Guy se negó a divulgar ninguno. En septiembre del mismo año, Sir Guy se volvió completamente loco de miedo y habló continuamente de cierto espectro que se había apoderado de él. Los médicos no pudieron efectuar una cura, y el noveno día de septiembre, Sir Guy fue encontrado en las galerías superiores, donde, según todas las apariencias, había sido estrangulado hasta la muerte.

»Sus propias manos se aferraron a su garganta; pero en sus manos había ciertas marcas y contusiones que revelaban la huella de otro par de dedos. En estas huellas, el pulgar de la mano izquierda del asesino faltaba singularmente. Nunca se ha descubierto ninguna pista sobre la identidad del agresor.

Cerré el libro. Mecánicamente abrí otro de esos volúmenes significativos, que resultó ser un relato de la vida y muerte de otro de los antepasados de Sir Edward. Por las fechas, juzgué que el caballero era su abuelo, es decir, el padre del hombre cuyo destino acababa de conocer. Su nombre, peculiarmente, también era Sir Edward.

»El vigésimo séptimo día de enero, del año 1881, repentinamente se notó que Sir Edward rondaba con miedo por las galerías superiores. Desde ese momento se observó que estaba en medio de un agudo terror; pero cuando fue acusado de esto, Sir Edward se negó a confiar la naturaleza de su miedo. El primero de febrero fue encontrado muerto, asfixiado en las galerías superiores, sus propias manos retorcidas en la garganta y la huella de otro par de manos, con el pulgar de la mano izquierda faltante, aún evidente en sus muñecas muertas.

»El asesino no fue descubierto. Durante tres años después de la muerte de Sir Edward, las galerías fueron cerradas y selladas, luego de una cuidadosa inspección por parte de la policía. Al final de ese período fueron nuevamente abiertas por orden de Sir Guy, hijo del difunto.

Y había otro pasaje, uno o dos párrafos que describían la muerte súbita de una distinguida dama. Su nombre, según el libro que tenía delante, era Lady Carolyn.

»Una mujer —decía el informe—, imbuida del mismo valor intrépido que marcó a los hombres de su sangre. En los últimos días de su vida vivió sola en la casa de Londres. Ella dejó un solo mensaje de despedida, encontrado después de su muerte: Me estoy volviendo loca. El espectro ha vencido mi último intento de resistencia. La locura es, después de todo, una muerte adecuada, mucho mejor que el miedo y el horror eternos.

»Esta nota fue encontrada en la mañana del 3 de julio de 1792. Lady Carolyn fue asesinada, estrangulada por manos desconocidas, la noche en que se escribió la nota. Su desafortunado cuerpo fue descubierto en las galerías, sus dedos todavía sujetaban su garganta, y las marcas de otros dedos, sin el pulgar de la mano izquierda, impresos en el dorso de sus manos y muñecas. Durante los tres años posteriores a su muerte, se hizo todo lo posible para localizar al demonio que la había destruido tan brutalmente. El intento fue en vano.

No hice ningún esfuerzo por explicar estas citas. Son significativas en sí mismas. En cuanto al espectro, no pude encontrar otra mención de él. Revisé página tras página, esperando descubrir alguna pista que pudiera conducir a una solución. No encontré nada.

Sin embargo, me topé con algo de interés en el más antiguo de los grandes volúmenes. Era el relato de una enemistad muy antigua. Los nombres mencionados fueron los de Sir Godfrey Ramsey (la fecha fue en el siglo anterior a la Revolución Francesa) y Sir Richard Ravenal. La cuenta mencionaba varios asesinatos y desapariciones brutales, la mayoría de ellos ejecutados por la Casa de Ravenal. La causa de la disputa no fue divulgada.

Sin embargo, el odio entre las dos familias había llegado a su fin con la muerte de Sir Richard Ravenal, quien era, para citar la página marchita que tenía delante, un artista de genio inusual. En el año anterior a su muerte, se formó una tregua con la Casa de Ramsey, le regaló a Sir Godfrey Ramsey una o dos pinturas de gran valor, ejecutadas por él mismo, como muestra de amistad eterna. Estas pinturas han sido cuidadosamente preservadas.

Busqué fielmente algún relato de la vida de este mismo Sir Godfrey. Finalmente lo encontré y leí lo siguiente:

»Doce años después de que las Casas de Ramsey y Ravenal hubieran formado el pacto de paz, Sir Godfrey se vio repentinamente afectado por un terror incomprensible que lo condujo a la locura. Llamó a su hijo, Sir James, y le dijo las siguientes palabras: Una maldición ha descendido sobre la Casa de Ramsey. Es una maldición de horror, de

tormento. Tiene la intención de hacer tontos a los hombres que llevan el honorable nombre de Ramsey. Por esta razón te impongo un juramento de silencio. La maldición se ha apoderado de mí y moriré. Cuando seas mayor de edad, tú también serás golpeado por el espectro. Júrame que no revelarás la naturaleza de la maldición, no sea que tus hijos y sus hijos después de ellos vivan con miedo mortal.

Este juramento fue escrito en pergamino y preservado. El segundo día después de su ejecución, Sir Godfrey fue encontrado inerte en las galerías superiores.

Cerré el último volumen con la incómoda sensación de haber profundizado en un laberinto de horror y muerte. En los niveles superiores de la casa en la que me encontraba, innumerables miembros del linaje de los Ramsey habían sido arrojados a la locura y cruelmente asesinados. Incluso ahora, el hombre que ocupaba estas habitaciones susurrantes y pasillos enormes y vacíos estaba siendo forzado lentamente bajo la misma influencia. Comprendí ahora su razón para el silencio. Estaba obligado por un juramento familiar que se había transmitido de padres a hijos. ¡No podía hablar!

La influencia de esa loca habitación todavía me cubría mientras paseaba por la biblioteca y regresaba a la habitación donde Sir Edward y Lady Sybil me esperaban. El muchacho estaba durmiendo. Cuando entré, Lady Sybil vino hacia mí en silencio y se paró frente a mí.

—¿Tú... has encontrado los libros? —susurró.

—Sí.

—Entonces sabe por qué está obligado a guardar silencio, doctor. Es el último de los Ramsey. Y yo... yo soy la última de los Ravenal.

La miré fijamente. No había sospechado ninguna conexión entre los nombres en esos volúmenes antiguos y el nombre de la muchacha que tenía delante. Al mirar ahora sus rasgos, me sentí repentinamente sumergido en un asunto de muerte. Ella, ¡la última de los Ravenal!

—Él nunca ha roto el juramento —murmuró—. Ni siquiera conmigo. Nunca me he quedado aquí de noche, nunca he visto el espectro. Pero he interrogado a los sirvientes que huyeron de aquí, y eso lo sé.

Me volví hacia mi paciente. Ahora dormía tranquilamente, y le agradecí a Dios que el terror lo hubiese abandonado temporalmente. Lady Sybil dijo suavemente:

—Me quedaré aquí toda la noche, doctor. No puedo dejarlo ahora.

Caminó en silencio hacia el diván y lo hizo lo más cómodo posible. No le sugerí que fuera a una de las habitaciones para dormir en el piso de arriba. Por mi parte, no podía considerar despertar a mi paciente. Tendría que sentarme junto a él toda la noche. Y sabía que ella también prefería estar cerca de él. En cualquier caso, no tuve la crueldad de sugerir que se quedara sola en una de esas habitaciones sombrías y mortalmente silenciosas en el corredor superior, a través de las largas horas de oscuridad que nos esperaban.

Creo que se durmió muy poco después de acostarse. Cuando me incliné sobre ella, un momento después, para colocar una colcha de seda sobre su hermosa figura, no se movió. Entonces me di cuenta de que era la única persona despierta en esta enorme casa. Estaba solo con el ser desconocido que patrullaba las galerías superiores. Cerré la puerta de la habitación. Muy en silencio volví a mi silla y me senté, mirando temerosamente las sombras cada vez más profundas, hasta que me quedé dormido.

Si el espectro de la Casa de Ramsey salió de su guarida esa noche, no lo sé. Cuando desperté, una agradable luz se deslizaba desde la ventana opuesta. Estaba solo en la habitación. Sir Edward y Lady Sybil habían desaparecido.

Me puse de pie. En este resplandor de la cálida luz del sol, era difícil creer que algo inusual hubiera ocurrido durante la noche. Entonces, la puerta se abrió detrás de mí y el criado con cara de hurón, que avanzaba a toda velocidad, dijo uniformemente:

—El desayuno lo está esperando, señor.

Lo seguí hasta el comedor, y allí encontré a mis dos compañeros. Lady Sybil se levantó para saludarme con una sonrisa. El muchacho permaneció sentado. Su rostro estaba extremadamente demacrado y blanco.

—Pensé que usted tal vez querría dormir un poco más, Briggs —dijo—. Se lo ha ganado.

No volvió a referirse a la noche anterior. Lady Sybil también mantuvo un discreto silencio. Cuando terminó la comida, la llamé aparte.

—Me quedaré aquí —le dije—, hasta que esté seguro de que su terror no volverá. No me siento justificado al salir de la casa en este momento.

—¿Desea que haga algo, doctor?

Le entregué una receta. En esencia, esa medicina era poco más que un tónico, aunque contenía una pequeña cantidad de morfina. Serviría para mantener los nervios del muchacho bajo control; pero incluso entonces me di cuenta de que la causa de su miedo debía ser eliminada antes de que cualquier medicamento lo beneficiara. Lady

Sybil, sin embargo, prometió regresar con el pedido. Tenía otros asuntos que atender, dijo, y que probablemente regresaría al final de la tarde.

Cuando ella se fue, busqué, una vez más, esos volúmenes significativos que había encontrado la noche anterior. Los estudié durante mucho tiempo. Debieron haber pasado más de las dos cuando Sir Edward entró en la biblioteca. Se recostó en una silla y permaneció allí, sin ningún tipo de animación. Cuando me puse de pie en silencio y volví a colocar el último libro en el estante, me miró sin emoción.

—¿A dónde va, Briggs? —dijo con voz apagada.

—Con su permiso —respondí—, me gustaría echar un vistazo a las galerías.

El asintió. Me pareció que una mínima nube de sospecha cruzó su rostro; pero no ofreció objeciones.

Tuve dificultades para encontrar el camino. La ruta que conducía a los niveles superiores no era fácil de seguir, sinuosa a través de una sucesión de corredores particularmente oscuros. Eventualmente, me encontré en la parte inferior de una escalera circular que se enroscaba en la penumbra. Subí los escalones lentamente, sosteniéndome de la gran barandilla tallada en busca de apoyo; y, después de cruzar el segundo rellano, seguí ascendiendo manteniéndome lo más cerca posible de la pared.

Al final de este pasaje circular, una ventana con cortinas revelaba la calle. Cuando miré y vi el pavimento, muy por debajo de mí, no pude reprimir un escalofrío.

Con cautela seguí por este corredor hasta el final de una segunda escalera. En la parte superior de la última pendiente encontré las galerías superiores de la Casa de Ramsey. La habitación estaba justo delante de mí. Su enorme puerta, medio abierta, revelaba un hilo de luz de alguna fuente oculta, un brillo que penetraba como una mano lívida, a tientas, en la oscuridad.

Entré tímidamente, dejando la puerta abierta. Ante mí se extendía una sala de enorme tamaño, más parecida a un salón de banquetes que a una sala de arte. La iluminación era intensa, proveniente de una serie de cuatro ventanas anchas colocadas en la pared más alejada, ventanas sin cortinas y diseñadas para inundar el interior con luz.

Por lo demás, el piso estaba forrado con una alfombra lisa de tonalidad opaca. Las paredes en lados opuestos estaban dedicadas por completo a cuadros enmarcados. La pared posterior, que contenía la única entrada, a través de la cual había ingresado en el recinto, estaba cuidadosamente cubierta con una suave cortina gris, cortada para delinear los paneles de madera.

No había dado más de una docena de pasos en esta extraña recámara cuando me

detuve abruptamente. Ante mí, mientras permanecía inmóvil, había pruebas de que mi paciente había estado aquí antes que yo: un pañuelo de seda, bordado en negro con su emblema. Lo reconocí al instante. La había usado la noche anterior, metido en el bolsillo de su chaqueta. Y ahora yacía aquí en la alfombra. Maldecí mi torpeza mientras la miraba. ¡Así que no había dormido toda la noche! Había venido aquí, a esta sala de la muerte, para mantener una infernal cita de medianoche.

Dejé caer la cosa en mi bolsillo. Hecho esto, me volví para inspeccionar las magníficas obras de arte que me rodeaban. Y luego, casi inmediatamente después de ese primer episodio sorprendente, llegó un segundo shock, mil veces mayor que el primero.

La cosa me fulminó con horrible malicia. Colgaba delante de mí, mirándome a la cara. Retrocedí con una repentina inhalación.

Era un esqueleto, pintado en tonos opacos de gris y blanco, con un solo desenfoque de fondo, negro azabache, creado por un artista que poseía una astucia diabólica para horrorizar el ojo humano. Cada efecto repugnante de la muerte se incorporaba en ese semblante espantoso. Y, sin embargo, en un sentido médico, la cosa estaba lejos de ser perfecta.

Mientras lo miraba, percibí una docena de fallas de construcción muy evidentes. Era horrible, pero horrible solo porque el artista había sacrificado la precisión para hacerlo así.

Las cuencas de los ojos, ejecutadas en una combinación diabólica de pigmentos grises, estaban horriblemente vacías y fijas, pero también demasiado ajustadas para ser naturales. El hueso frontal, una franja de color blanco lívido, era demasiado ancho. Los dos huesos superiores, formando la mandíbula superior y delimitando la deslumbrante cavidad nasal vacante, se separaban en la superficie inferior, sobre una hilera de dientes rotos, para generar una sonrisa enloquecedora a la boca.

Hubo otros defectos, fácilmente reconocibles. Eran menos significativos. Pero como una obra de horror, el esqueleto ante mí era impecable. Nunca había estado tan completamente nervioso por algo que no podía tener poder sobre mí.

Fui hacia él con pasos irresolutos, decidido a inspeccionarlo a corta distancia y luego salir de la habitación de inmediato. El resplandor singular de sus rasgos muertos había minado toda mi curiosidad. Quería alejarme de eso.

La pintura era muy antigua. Solo eran evidentes tres colores: blanco, gris y un sepulcral tono intermedio. En la parte inferior del pesado marco dorado encontré el nombre del artista, un nombre que se ahogó en mis labios mientras lo lloraba en voz alta: ¡Ravenal!

Recordé el siguiente pasaje: En el año anterior a su muerte, después de haber establecido una tregua con la Casa de Ramsey, presentó a Sir Godfrey Ramsey una o dos pinturas de gran valor, ejecutadas por él mismo...

Salí de la habitación con una inexplicable sensación de miedo. Fascinación podría haber sido, por esa cosa horrible detrás de mí. ¡Horror podría haber sido, por la lenta comprensión de que aquí, en esa imagen diabólica, se encontraba el secreto de innumerables asesinatos y una maldición infernal de locura!

A partir de aquí hay poco más que contar. El evento final de mi estadía en la Casa de Ramsey no se hizo esperar.

Ya era tarde cuando regresé a la biblioteca en el piso inferior. Sir Edward no se había movido de su posición. Me saludó con la cabeza; y la muchacha, que había regresado durante mi recorrido, vino hacia mí para darme la medicina que le había ordenado. Forcé al muchacho a tomarla. Luego, en un silencio deprimente, nos sentamos allí, los tres, a medida que la hora avanzaba más y más. Lady Sybil y yo hicimos un débil intento de jugar al backgammon; pero los ojos vidriosos del muchacho nos perseguían. El juego fue una burla.

Cuando llegaron las diez en punto, me levanté y tomé el brazo del muchacho.

—Dormir durante toda la noche —dije severamente—, sería una de sus mejores medicinas.

Me miró, cansado, como si le doliera moverse. Se dejó caer nuevamente en su silla con un murmullo inaudible. Hice un gesto en silencio hacia Lady Sybil, pensando que si ella lo dejaba, él estaría seguro de venir con nosotros, en lugar de quedarse solo. La muchacha ya había preparado una habitación para ella en el piso superior. Pero él no se movió. Cuando cerré la puerta, levantó la vista de repente y habló con una voz extrañamente áspera.

—Déjala abierta, Briggs. Me iré a la cama dentro de un rato. Las puertas cerradas son espantosas.

En el pasillo, afuera, le di las buenas noches a Lady Sybil y subí las escaleras a mi habitación. Esta se abría en un pasaje no iluminado: un túnel estrecho y sombrío que se retorció de oscuridad en oscuridad, revelada solo por el resplandor de luz de mi propia cámara.

Las manecillas de mi reloj, mientras lo colocaba cuidadosamente sobre la mesa, se pararon a las treinta y dos minutos después de las diez. Ningún sonido se agitaba en la gran casa. Lady Sybil, que había subido las escaleras detrás de mí, se había ido a su habitación al final del corredor. Debajo de las escaleras, el criado de los ojos

penetrantes se había retirado.

Fue tal vez quince minutos después cuando escuché los pasos de sir Edward en las escaleras. Subió cansado, inerte. Sus pasos se movieron a lo largo del corredor. Escuché la puerta de su habitación abrirse y cerrarse. Después de eso no hubo más que un silencio ominoso, deprimente y siniestro.

Dejé mi puerta abierta. Supongo que la mayoría de los hombres en mi posición la habrían cerrado con cerrojo y todo. Pero encontré consuelo, tal como era, en una salida abierta. No tenía ganas de ser una rata en una trampa.

Todavía nervioso, apagué la luz y me hundí cansinamente en la cama. Allí yacía, frente a la puerta entreabierta, tratando de deshacerme de mis pensamientos. Y allí permanecí cuando, mucho tiempo después, fui apenas consciente de que el silencio se había disuelto en un débil sonido.

No tuvo un comienzo definido. Solo en la aguda quietud de la estructura espaciosa habría sido audible en absoluto. Incluso entonces no era más que un zumbido muerto. Pero poco a poco aumentó en volumen. Durante sesenta segundos, tal vez más, permanecí inmóvil, mientras el sonido se convertía en una sustancia palpitante. Me giré para mirar la puerta, como si esperara que las vibraciones se filtraran en mi habitación y tomaran la forma de un horrible ser sobrenatural.

Entonces escuché algo más: ¡la huella distintiva de pies humanos avanzando silenciosamente a lo largo del pasillo exterior! Y lo vi, vi la forma encorvada de Sir Edward Ramsey, arrastrándose lentamente por el pasillo. Visible solo por un momento, pasó por la puerta abierta de mi habitación. Una máscara sobrenatural de luz sepulcral lo rodeaba: un vapor oscuro y azulado que parecía levantarse del suelo a sus pies y colgar a su alrededor como una capa etérea, una tela proteica. Y nunca olvidaré la mirada atormentada de los ojos del muchacho mientras se movía en la oscuridad.

Caminaba como si una fuerza interior lo guiara hacia adelante. Sus manos colgaban sin vida a sus costados. Su rostro estaba tenso hasta un grado casi diabólico de expectativa. Y luego, saliendo de mi rango de visión, desapareció.

Salté de la cama y llegué hasta la puerta. Allí me detuve, con ambas manos agarrando el marco. El sonido de sus pasos ya había muerto; pero otra forma salía silenciosamente de la oscuridad y se movía más allá: la forma de Lady Sybil, ¡siguiéndolo!

No lo dudé entonces. Sabía, tan seguramente como si las paredes mismas me lo estuvieran gritando, que el muchacho se dirigía a esas galerías infernales en los recovecos superiores de la casa. Y allá arriba estaría ese eterno demonio del asesinato y la locura, ese horror sin nombre que durante siglos se había aprovechado de los

habitantes de esta nefasta vivienda.

Avancé a tientas en el pasillo, detrás de esas dos figuras sombrías, como en una procesión muda. Muy por encima de mí, ese canto del infierno se había convertido en un gemido quejumbroso, una voz humana en tormento, que subía y bajaba con mis pasos mientras avanzaba.

Vi las dos figuras delante de mí ahora: el muchacho todavía envuelto en esa extraña niebla; ella se recortaba detrás de él. Su huella era la de un hombre que había repetido este viaje de medianoche muchas veces y conocía cada tabla que crujía, cada vuelta del pasaje, cada giro de las largas y sinuosas escaleras que conducían a la penumbra superior.

Él siguió y siguió. Detrás de él iba ella, que lo seguía como un gato. Vi que el manto malvado de luz antinatural subía las escaleras, flotando sobre él, lo vi a tientas por el segundo laberinto, lo vi subir de nuevo, arriba, arriba, hacia la oscuridad estigia. La chica se arrastró detrás de él, y la seguí con la mayor precaución posible, para que no se volviera y me descubriera.

Solo una vez, ante la puerta de esa recámara de aborrecimiento en las alturas de la casa, vaciló. Luego, abriendo la pesada barrera, entró.

A través de esa puerta abierta, con una intensidad triplicada, llegó la voz de la Casa de Ramsey. Me golpeó en oleadas: una invocación fabulosa, quejándose horribilmente, subiendo y bajando con vehemencia enfurecida. Y supe, en ese momento frenético, por qué Sir Edward no había huido aterrorizado de este lugar de pestilencia. Él no podría hacerlo. Esa voz espectral poseía un hechizo que no permitiría que ningún hombre se fuera. ¡Era irresistible en su astucia!

Me escabullí hacia adelante. La muchacha ya había cruzado el umbral. Cuando me deslicé por la abertura, los vi directamente delante de mí: Lady Sybil se presionó contra la pared; él, rodeado por ese pozo de luz, se mantenía inmóvil con ambas manos levantadas.

La habitación era un pozo de oscuridad, excepto por ese cono azulado de luz. Una sensación de frío se apoderó de mí. Sabía que no estábamos solos. Sentí una presencia maligna y regocijante, invisible pero sensible. Todo a mi alrededor emanaba ese tenue hilo de sonido, agudo ahora y gimiendo en una voz casi articulada, humana.

El muchacho se arrastró hacia adelante. Respiró hondo. Su cuerpo tembló como una cosa desarticulada. Supe instintivamente lo que quería. Era esa cosa sombría en la pared más alejada.

Mecánicamente, mis ojos giraron para mirarlo. Entonces, superado por lo que vi, casi

pierdo el equilibrio: un muro de oscuridad me enfrentó. A la derecha, a la izquierda, arriba y abajo, no se veía ni un solo detalle de la construcción, excepto uno. Allí, en el mismo espacio donde ese esqueleto reluciente había colgado antes, una cosa me miró.

No era una pintura de huesos muertos, no ahora. Era una cara, una cara viva, retorcida y cruel, colocada sobre un cuerpo que se retorció. Mientras observaba, una niebla de luz fosforescente comenzó a emanar de ella. Los huesos se convirtieron en un torso resplandeciente, tomando forma humana.

El joven Ramsey estaba pegado al suelo delante de él. Detrás de mí escuché un sollozo sofocado que salía de los labios de la muchacha. No podía avanzar, no podía moverme.

Poco a poco la cosa cambió de contorno. Lentamente se giró hacia adelante, enroscando su sinuosa figura en el gran marco dorado. Ya no era un esqueleto. Se había convertido en una forma indefinida, hinchada, grotesca. Vi un perfil brumoso de ropa antigua colgando de sus extremidades, un atuendo que, por su estilo, tenía cientos de años. Y la cara, levantada con terrible malicia, era la cara de un noble inglés.

Ardía con un resplandor espantoso, vívido y antinatural. Las manos muertas se retorcieron, hasta la propia garganta de la cosa, con sugestión maligna.

Y luego, como desde una gran distancia, un chillido estrangulado quebró el silencio de esa sala de la muerte. Los labios del espectro se curvaron, revelando una doble hilera de dientes rotos. Las palabras llegaron a través de ellos. Palabras viciosas y convincentes.

—¡Estrangularse uno mismo es mejor que estar loco por toda la eternidad! ¿Lo oyes, Ramsey? Estrangularse uno mismo...

Sir Edward se tambaleó hacia atrás. Vi sus manos levantarse hasta su garganta. Vi a esa criatura diabólica y muerta arremeter contra él.

Entonces un leve grito surgió detrás de mí, de los labios de Lady Sybil. Fui empujado bruscamente a un lado. Sollozando violentamente, la chica pasó corriendo a mi lado y cayó sobre el gran marco dorado, cortándolo con un cuchillo que ella sostenía en su mano. Rasgó el lienzo en jirones, apuñalándolo con pura locura.

Creo que fue esa visión, superada por el horror de lo que habíamos visto, lo que me permitió moverme. Me di vuelta, me tambaleé contra la pared, cerca de esa monstruosidad viviente. Su rostro estaba lívido de locura, una locura provocada por aquello que luchaba con él. Su boca estaba torcida, llena de sangre y espuma. Su cuerpo se retorció convulsivamente. Y sus manos, sus propias manos, estaban cerradas sobre su garganta.

Esa cosa horriblemente malformada no tenía límites. Era un molde de neblina azulada, con cara maliciosa y manos a tientas. Y las manos: ¡Dios, nunca podré olvidarlas! Eran enormes, peludas, negras. Estaban entrelazados sobre las muñecas del muchacho, forzando los dedos sobre su propia garganta. ¡Estrangulándolo! Asesinándolo! ¡Y le faltaba el pulgar de la mano izquierda!

Con un poderoso tirón arranqué esos dedos de su agarre. Detrás de mí, la muchacha todavía estaba destrozando el enorme marco, rasgando el lienzo. El grito aullante se convirtió en un frenesí, cada vez más agudo.

Luego, la voz se convirtió en un sollozo, un sollozo de angustia indescriptible, cuando el cuchillo de la muchacha desgarró el último pedazo de lienzo. Gorgoteó en silencio. La forma masiva ante mí se disolvió en un espectro de niebla circular, palpitante, retorciéndose, con solo manos y cara visibles. La cara se alzó en agonía; las manos se apretaron sobre sí mismas, dobladas en nudos. Ante mis ojos la cosa se convirtió en un contorno borroso. Y luego, nada.

El joven Ramsey se deslizó al suelo sobre las manos y las rodillas. Me di la vuelta, estupefacto, junto a Lady Sybil. Ninguno de nosotros notó, entonces, que la habitación estaba una vez más en completa oscuridad. Estábamos concentrados en una sola cosa. Juntos arrancamos lo que quedaba de esa pintura infernal, arrastrándola fuera del marco. Este cayó con un golpe sobre nosotros. Lady Sybil retrocedió con un grito. La sostuve erguida. Juntos nos quedamos allí, mirando algo vacío, negro y siniestro.

Encontré el coraje suficiente para buscar un fósforo. Me incliné hacia adelante, solo para detenerme como si una mano extendida me hubiera empujado hacia atrás, mientras la cerilla caía de mis dedos. Debo haber gritado. Pero estaba saturado de horror. Era inmune a cualquier cosa más. Con gravedad encontré un segundo fósforo y, con el resplandor amarillo que me precedía, entré en la abertura revelada por la caída de la imagen.

El espacio era largo, delgado, apenas más de tres pies de profundidad, una bóveda silenciosa y antigua. Allí, tendido a mis pies, se extendía una caja oblonga, negra y deslumbrante, con tapa cerrada. Un ataúd.

Rasqué otra cerilla y levanté la tapa lentamente. Mirándome, iluminada por la luz del fósforo, yacía una forma esquelética, largamente muerta, desmoronándose en descomposición. La miré durante lo que pareció una eternidad. Era repulsiva, incluso en la muerte. El cráneo era una máscara sonriente. Las manos estaban dobladas sobre el cofre y faltaba el pulgar de la mano izquierda.

Debajo de esas manos yacía algo más: una placa rectangular de metal opaco, grabada con letras diminutas. Lo recogí con dedos nerviosos. La leyenda apenas era visible.

Froté el metal contra la manga de mi abrigo, quitando la película de polvo. Pero el grabado había sido marcado profundamente. Sosteniendo el fósforo cerca, distinguí las palabras:

«Sir Richard Ravenal. Artista famoso. Buscador eterno en los secretos de los no muertos. Su cuerpo fue colocado aquí, en secreto, por su hijo, de acuerdo con una solicitud hecha antes de su muerte. ¡El odio entre Ramsey y Ravenal nunca puede morir!»

Mecánicamente devolví la inscripción a su lugar. La muchacha se paró detrás de mí. Pasé junto a ella, salí de la bóveda y caminé por la galería hasta donde Sir Edward Ramsey yacía inmóvil en el suelo.

Levantándolo en brazos, me volví hacia la puerta.

—Ven —le dije a la chica.

Ella me siguió fuera de la habitación. En silencio descendimos la escalera negra a los niveles inferiores. Allí, en la habitación del muchacho, coloqué a sir Edward sobre la cama; y, trayendo mi botiquín de mi propia habitación, trabajé sobre él hasta que recuperó la conciencia.

El chico me miró, extendiendo la mano para sujetar la mía. Estaba débil, patéticamente débil, pero el atormentado brillo del terror había desaparecido de sus ojos. Me alejé, permitiendo que Lady Sybil tomara mi lugar.

Luego los dejé allí, esos dos que se amaban con un amor que era más intenso que el terror más absoluto de esta casa demacrada.

Bajé a tientas la escalera principal al nivel de los sirvientes y desperté al sordo con rostro de hurón. Juntos subimos a las galerías. Allí arrastramos ese ataúd sombrío con su horrible contenido.

Más tarde, en la cocina de esa casa siniestra, encendimos un gran fuego. En él arrojamos los restos de la imagen destrozada. En él quemamos la caja oblonga.

Y nos quedamos de pie, allí, uno al lado del otro, con el resplandor escarlata de las llamas reflejado en nuestros rostros, hasta que la maldición de la Casa de Ramsey se convirtió en un puñado de cenizas.